

despertar aquella tranquilidad de espíritu que para Sófocles, como para Esquilo, era tan necesaria. Producir este efecto, exponiendo al propio tiempo el desenlace de la leyenda, es el objeto de la última parte de las *Traquinianas*, en que es protagonista Heracles; después de proferir violentas imprecaciones contra su esposa, se convence al fin de que sólo el amor había impulsado á Deyanira á precipitar el fin que le estaba prescrito por el Destino ¹). Ciertamente que Heracles no prorrumpe, como acaso esperaría el lector, en compasivas lamentaciones por la suerte de Deyanira, ni manifiesta deseo alguno de verla á su lado para perdonarla; mas para recobrar la tranquilidad de ánimo, bastaba á los griegos que el héroe muriese sin proferir una queja más contra su infortunada esposa, y reconociendo su desventura.

¶ Sólo determinando lo que Sófocles no dice en el *Edipo Rey*, es como podemos dar idea clara del contenido de esta tragedia. No abarca la historia de los crímenes de Edipo y su descubrimiento; pero estos crímenes, cuya comisión impuso á Edipo el Destino, forman el fondo del cuadro; fondo oscuro y tenebroso del cual se destaca la acción dramática, pintada con los más vivos colores. Ésta se limita exclusivamente á la revelación de los crímenes del rey, la cual debe por consiguiente poner de relieve las ideas morales desarrolladas en el drama. Veamos ahora los profundos cambios que se operan en Edipo en el curso de la tragedia: al principio no sólo le ensalzan los tebanos, considerándole como el mejor de los mortales, sino que él mismo se muestra orgulloso de su propio mérito y muy satisfecho de las medidas que ha adoptado para investigar, primero la causa de la terrible plaga y para descubrir después al matador de Layo, sin que turbe la tranquilidad de su alma ni el más ligero presentimiento, ni la más remota idea de que él mismo pudiera ser el asesino. Esta seguridad y confianza plenas en sí mismo, explican perfectamente la violencia con que Edipo rechaza las predicciones de Tiresias, que le señalan como el culpable cuyos crímenes atraen sobre el pueblo la devastadora plaga, de la cual sólo podría librarlo su voluntario destierro. Edipo debió comprender entonces cuán vana y efímera es la grandeza humana y cuán frágil su virtud; entonces también debió examinar su conciencia para ver si había en su vida alguna sombra con la cual pudiera hallarse relacionado

¹) ἄπαν τὸ χρεῖμα, ἤμαρτε, χρηστὰ μωμένη, dice de ella Hylos en el verso 1.136.

aquel horrendo crimen; pero confiado siempre y seguro de sí, ve en la verdad traición y engaño, y conserva su falsa confianza hasta que conversando con Iocasta, ésta le dice que Layo había sido muerto en una encrucijada; por vez primera cruza entonces su mente repentina sospecha ¹), que trastorna por completo su espíritu. Es digno de ser tenido en cuenta, que precisamente los esfuerzos de Iocasta por tranquilizar á su esposo y borrar de su ánimo el temor que le habían causado las predicciones de Tiresias, son los que ponen de manifiesto todos los crímenes por él cometidos; que cuantos argumentos emplea para evidenciar la falsedad del arte profético, son realmente los que confirman su eficacia. En éste, como en otros varios pasajes del drama, hállanse claras muestras de la sublime ironía de Sófocles, que por medio de fuertes contrastes entre la realidad y el ideal, expresa el dolor que inspira la limitación de la humana existencia. Esta *ironía*, cuyos efectos pueden frecuentemente apreciarse en las tragedias de Sófocles, encuentra más propicio lugar en el *Edipo Rey*, cuyo tema no es otro en el fondo que la fatuidad humana, que se empeña en no ver su propio destino; idea es ésta, que encuentra eco aun en las mismas palabras y hasta en los giros de la dicción ²). Análoga peripecia se opera cuando Edipo se siente tranquilizado por Iocasta, y cuando gracias á la noticia que recibe de que sus padres habían muerto en Corinto, se cree por completo libre de todo peligro; pero precisamente el mismo mensajero que esto le notifica, es el que de nuevo le roba la tranquilidad, al anunciarle que él mismo había hallado á Edipo en el monte Citeron. Desde entonces,—mientras que Iocasta abarca de una sola ojeada toda la cadena de crímenes preparados por espantosa fatalidad—Edipo no descansa un punto hasta adquirir la evidencia de su parricidio y de su incestuosa unión con su madre; y el castigo que á sí mismo se impone es tanto más tremendo, cuanto mayor había sido su confianza en la propia voluntad y más clara era su inocencia ante los dioses y ante los hombres. «¡Oh mortales, nada vale vuestra inteligencia!»: así comienza el último stasimon del coro, el cual en esta

¹) Οἷόν μ' ἀκούσαντ' ἄρτίως ἔχει, γύναι,
φυγῆς πλάνημα κἀνακίνησις φρενῶν. (Verso 726.)

²) Véase la notable disertación de C. Thirlwall, *On the irony of Sophocles* en el *Philological Museum*, t. 2, n.º 6, p. 483. *Vertida al alemán por Schneidewin, *Philolog.*, vol. 6, p. 81 y ss. p. 254 y ss. [Véase Bernhardt, *Griech. Litteraturgeschichte*, vol. 2, 2, p. 356.]

tragedia, como en todas las de Sófocles, desempeña á maravilla la misión que según Aristóteles le estaba encomendada. Esta misión, como ya sabe el lector, no era otra que la de expresar una dulce simpatía que, aunque no dirigida por una inteligencia bastante poderosa para desatar el nudo de la acción, surge de almas que saben mantener las emociones violentas y los apasionados impulsos dentro de un cierto grado de tranquilidad y de calma ¹). Por esto, el coro de Sófocles cuando con sus cantos interviene directamente en la acción, muéstrase débil, vacilante, incierto; al paso que entona himnos sublimes cuando resume sus diversas impresiones elevándose á una contemplación general de las leyes que regulan la existencia humana. Tal es el magnífico stasimon que, después de las impías palabras de Iocasta, recomienda el respeto á los dioses y la fiel observancia de aquellas leyes que, nacidas en el éter celeste y no engendradas por la caduca naturaleza humana, jamás el olvido podrá sumergir en el sueño de la muerte ²). 7

En el *Ajax*, el poeta da brillante muestra de su maestría maravillosa, encarnando en un carácter individualísimo y sólo semejante á él mismo, un tipo humano universal y eterno. El Ajax de Sófocles es, como el de Homero, el héroe valeroso y noble dispuesto siempre á desplegar por el bien de su pueblo su valor incontrastable; el hombre siempre sereno y tranquilo fiado en sus propias fuerzas; pero que íntimamente penetrado de su varonil esfuerzo, olvida que existe un poder supremo del cual depende el hombre aun en aquello que éste considera más individual y peculiarísimo, cual es el *carácter*. En esto consiste el defecto capital de Ajax que, aunque ya desde el comienzo del drama se refleja en toda su manera de ser, sólo resalta con toda su intensidad en las predicciones que Calchas comunica á Teucro, á quien recuerda también como prueba clara del indomable carácter de Ajax, sus

¹) *Problemas*, 19, 48, p. 922, b, 26: ἔστι γὰρ ὁ χορὸς κηδευτῆς ἀπρακτοῦ εὐνοίαν γὰρ μόνον παρέχεται οἷς πάρεστω. Véase Horacio, *Arts poetica*, versos 196 y ss., donde dice del coro:

ille bonis faveatque et consilietur amice,
et regat iratos et amet pacare tumentes;
ille dapas laudet mensae brevis, ille salubrem
justitiam legesque et apertis otia portis.

²) *Edipo Rey*, verso 863: Εἴ μοι ξυνείη φέροντι.

temerarias palabras: «Con el favor de los dioses pueden triunfar los débiles; pero yo confío en poder hacer lo que debo sin su ayuda ¹). Ahora bien: al conceder los griegos á Ulises y no á Ajax las armas de Aquiles, sufre el héroe una humillación insoportable para caracteres del temple del suyo, y este es el momento que los dioses escogen para castigarlo de su arrogancia. Á la noche siguiente, cuando Ajax movido por violenta ira se levanta para vengar su humillación en los Atridas y en Ulises, Athene le hace perder el juicio en tal manera que, tomando por enemigos los bueyes y las ovejas, satisface en unos y otras su sed de venganza y su cólera feroz. En tan deplorable estado y ocupado en acción tan indigna de su valor y pujanza, nos lo presenta Sófocles al comienzo del drama como el «Ajax portador del azote» (Ajax mastigoforos). Cuando recobra el juicio se avergüenza de sí mismo, con tanta más razón cuanto que su arrogancia y orgullo se hallan para siempre humillados; y á presentar al héroe avergonzado y agobiado bajo el peso de la deshonra, obedece la magnífica escena de enciclema ²). Aunque su humillación es grande y aunque reconoce que los verdaderos autores de ella son los mismos dioses, no se muestra arrepentido y contrito: su carácter es demasiado violento para vivir resignado: Ajax se prueba á sí mismo que en adelante no podrá vivir con honor. El poeta, al poner en labios de Calchas un oráculo según el cual Athene no persiguiría al héroe más que un solo día y pasado éste se habría salvado, expresa la posibilidad de que Ajax viva si, modesto, reconoce la limitación de su poder; esto, sin embargo, no llega á realizarse: el héroe se muestra siempre orgulloso y altivo, y no ofrece á los dioses otra expiación que la muerte que se da, valiéndose de la astucia ³). Con esto no creía Sófocles haber desarrollado el asunto de su tragedia sino en par-

¹) Véase el discurso de Calchas, versos 758 y ss.:

τὰ γὰρ περισσὰ κἀνόνητα σώματα
πίπτειν βαρείαις πρὸς θεῶν δυσπραξίαις,
ἔφασχ' ὁ μάντις.

²) Versos 346—595. Véase el cap. XXII. [O. Müller trata expresamente esta cuestión en un trabajo sobre el *Ajax* de Sófocles, edición de Lobeck, *Kleine Schriften*, vol. 1, p. 300 y ss.]

³) Véanse los equívocos en el discurso ἀλλ' εἴμι πρὸς τε λουτρά, etc., versos 654 y ss.

te: aunque era grande la severidad con que el poeta castigaba en Ajax lo que estimaba punible, apreciaba con igual equidad lo que en su carácter había de levantado y noble; y las ideas antiguas, según las cuales los funerales eran parte esencialísima del humano destino, le permiten continuar la acción después del suicidio del héroe. Teucro, hermano de Ajax, en calidad de campeón de honor, combate con los Atridas que trataban de impedir la celebración de los funerales; y Ulises, á quien Ajax había odiado mortalmente, se coloca al lado de Teucro, proclamando francamente las virtudes del guerrero muerto ¹). Así, el ilustre guerrero á quien los atenienses honraban como á uno de sus héroes nacionales ²), aparece como un ejemplo de la Némesis divina, tanto más sorprendente cuanto que su heroísmo estaba completamente limpio de toda mancha.

En el *Filoctetes*, representado el año 3 de la 92.^a Olimpiada, 409 a. Chr., cuando Sófocles contaba ochenta y cinco años de edad ³), el poeta tuvo que rivalizar no sólo con Esquilo, sino que también con Eurípides que había tratado de dar novedad á la fábula introduciendo en ella grandes cambios é invenciones nunca oídas ⁴). Pero Sófocles no necesitaba recurrir á tales artificios

¹) En esto exclusivamente consiste la *peripecia* del drama, la cual impone á los acontecimientos una dirección opuesta á la que antes seguían (*ἢ εἰς τὸ ἐναντίον τῶν πραττομένων μεταβολή*, Aristóteles, *Poética*, cap. 11, p. 1.452, a, 22); la suerte de Ajax, por el contrario, continúa el rumbo que primeramente seguía la acción. *Para una más detallada idea de lo que era la *peripecia* trágica, véase la *Geschichte der Theorie der Kunst bei den Alten* de E. Müller, parte 2.^a, p. 144, quien no está conforme con el sentido que se da á aquella expresión en varios pasajes de esta obra. Véase también Düntzer, *Rettung der Aristotelischen Poetik*, Braunschweig, 1840, p. 149. [Respecto del verdadero y propio significado de *περιπέτεια* y de su diferencia de la simple *μετάβασις*, esto es, el desarrollo de la acción y el paso de una situación á otra, véase J. Vahlen, *Beiträge zu Aristoteles Poetik*, Wien, 1865, 2, p. 6 y ss. y 68 y ss.]

²) Debe tenerse en cuenta que siempre se habla de la rama de *Eurisco* y nunca de la de *Fileo*, de quien, sin embargo, Cimon y Milciades pretendían descender. Claramente se advierte que Sófocles no quería aparecer como panegirista de familias distinguidas.

³) [Según los datos de la *Hipótesis*.]

⁴) Eurípides imaginó que los troyanos habían enviado también una embajada á Filoctetes para ofrecerle la soberanía á cambio de su ayuda, á fin de procurarse (según observa Dion Crisóstomo, *Or.*, 52, p. 549) oportunidad para encajar en el drama extensos discursos en pro y en contra, á que tan aficionado era el poeta. Ulises se presenta como griego maltratado por los suyos al pie de los muros de Troya, para inducir á Filoctetes á ayudar á sus compatriotas antes

para dar á su obra originalidad é interés, bastándole para conseguirlo concentrar toda su atención y todo su estudio en la pintura y coherencia de los caracteres. El resultado natural y, por decirlo así, necesario de las cualidades de éstos, es lo que constituye el drama. Ahora bien, en el *Filoctetes* este desarrollo psicológico, no obstante ser siempre lógica consecuencia de la hipótesis que constituye la base del mito, conduce á resultados completamente diversos de los que ofrece la leyenda original ¹). Para eludir este contraste entre su obra y la fábula, Sófocles tuvo que recurrir por vez primera á un medio á menudo empleado por Eurípides, pero que aquél había condenado siempre: el *deus ex machina*, esto es, la aparición de una divinidad que interviniendo en el juego de las pasiones y en los proyectos de los personajes, cortara el nudo que no podía desatarse.

Partiendo Sófocles de la hipótesis de que Ulises se había asociado al joven Neoptolemo, á fin de poder llevar á Troya á Filoctetes ó sus armas, el poeta ofrece desde el principio un notable contraste entre los dos héroes aliados. Ulises confía en la ambición de Neoptolemo, destinado por el Hado á apoderarse de Troya si logra antes conquistar las armas de Filoctetes. Neoptolemo se presta, por su parte, á engañar á Filoctetes, fingiéndose enemigo de los griegos que cercan la ciudad; y cuando está á punto de conducirlo, según él dice, á su patria, pero en realidad al campamento griego, la ingenuidad de Filoctetes y la relación de sus intolerables tormentos conmueven de tal suerte al hijo de Aquiles ²), que al entregarle Filoctetes su arco, le confiesa francamente la verdad, declarando que va á conducirlo, no á su patria sino á Troya. Sin embargo, como siguiera aún, contra su voluntad, el plan trazado por Ulises, apodérase de Filoctetes una desesperación mucho más dolorosa que todos sus sufrimientos fisi-

que á sus enemigos. Sin embargo, el verdadero desenlace de esta tragedia es aún muy oscuro. *Véase Welcker, *Die griechische Tragödie*, Bonn, 1839, página 512-522.

¹) [Véase O. Müller, *Kleine Schriften*, vol. 2, p. 178 y ss.]

²) Verso 965: 'Εμοὶ μὲν οἴκτος δεινὸς ἐμπέπτωκέ τις τοῦδ' ἀνδρὸς οὐ νῦν πρῶτον, ἀλλὰ καὶ πάλαι.

El silencio de Neoptolemo en la escena de ΟΔ. ὦ κάκιστ' ἀνδρῶν, τί δρᾷς, versos 974 al 1.074, ἀκούσομαι μὲν, es tan elocuente como podría serlo un discurso. [En Esquilo y en Eurípides aparece Diomedes como camarada de Ulises.]

cos. De repente traba Neoptolemo violenta polémica con Ulises; muéstrase como ha sido siempre: sincero, generoso, noble, leal; y niégase resueltamente á abusar de la buena fe y de la confianza de Filoctetes. Ahora bien: como éste no puede ni quiere vencer su odio contra los aqueos, el hijo de Aquiles renuncia á todas sus ambiciosas aspiraciones; ya resuelve conducir á su patria al héroe enfermo, cuando aparece de repente Heracles, el *deus ex machina*, y anunciando los decretos del Destino, modifica por completo los sentimientos y propósitos de Neoptolemo y de Filoctetes. Como se ve, la trama de esta tragedia, basada en el contraste de tres caracteres, no puede ser más sencilla, y se compone de solo dos actos separados por un stasimon que precede inmediatamente á la escena en que Neoptolemo cambia de modo de pensar. Pero el desarrollo y combinación acertada de estos caracteres, hacen del *Filoctetes* acaso la obra mejor y más acabada de Sófocles ¹⁾. La aparición de Heracles no produce más que una *peripecia puramente externa*; esto es, que sólo afecta á la parte material de la acción; la *verdadera peripecia* está en el hecho de recobrar Neoptolemo su carácter propio, su lealtad y su nobleza; y esta última peripecia, consecuencia necesaria del carácter de los personajes y del desenvolvimiento de la acción, se opera realmente en el ánimo de Sófocles ²⁾.

En todos estos dramas predominan ideas *éticas*, fundadas, por supuesto, en principios *religiosos*, pues que los dioses siempre son los que dirigen las acciones humanas. Existe además, una tragedia en que Sófocles expone sus ideas religiosas con tal amplitud, que la obra entera podría considerarse como una exposición del culto y de las creencias del pueblo griego.

Este drama es *Edipo en Colono*, que según todos los testimonios antiguos, fué producto de los últimos días de la vida del poeta. Sófocles vivió ochenta y nueve años, pues que murió el 2 de la 93.^a Olimpiada, 406 a. Chr. ³⁾; pero no llevó él mismo á la escena

¹⁾ [De todas las tragedias que han llegado hasta nosotros, no sólo de Sófocles, sino de todos los demás trágicos, *Filoctetes* es la única que carece en absoluto de papeles de mujer. Esto es tanto más de extrañar cuanto que precisamente en la pintura de caracteres femeninos es en lo que más se distinguía Sófocles.]

²⁾ [Véanse las observaciones que en contrario aduce Bernhardt, *Griech. Literaturgeschichte*, vol. 2, 2, p. 372.]

³⁾ Según autoridades antiguas, Sófocles murió el año 3 de la 93.^a Olimpiada,

el *Edipo en Colono*, sino que lo presentó su nieto *Sófocles el Joven*, hijo de Ariston, que una mujer de Sicione llamada Teoris había dado á Sófocles. Sófocles había tenido también en una ciudadana de Atenas otro hijo llamado Iofon, único que podía ser considerado como hijo legítimo y heredero del poeta. Iofon y Sófocles siguieron las huellas de su padre y abuelo componiendo tragedias, que el primero presentó en escena en vida de su padre y el segundo después de muerto su abuelo. Como la de Esquilo, toda la familia de Sófocles parece que se consagró á la musa trágica ¹⁾. Pero el anciano mostraba, sin duda, más inclinación al descendiente de su adorada Teoris, y dícese que hizo toda clase de esfuerzos para asegurar al nieto una parte considerable de su fortuna; en vista de esto y temiendo Iofon ver muy mermada la herencia que aguardaba, se arriesgó á presentar á la fratria (especie de consejo de familia) la proposición irrespetuosa de que se privara al anciano de la administración de su fortuna, alegando que no podía ya administrarla. Sófocles, por toda respuesta á semejante imputación, leyó á los miembros de la fratria el parodos del *Edipo en Colono* ²⁾, que evidentemente acababa de componer, pues que lo presentaba como argumento para demostrar la falsedad de la acusación; y hace gran honor á los jueces el hecho de haber

esto es, el año del arcontado de Calias, en que se representó en las fiestas Leneas las *Ranas* de Aristófanes, comedia en que se presupone ya la muerte de Sófocles y la de Eurípides. Pero en la *Vita Sophoclis* se coloca la muerte de Sófocles, siguiendo en este punto á Istro y Neante, en la época de las fiestas denominadas *Coes*; ahora bien, como estas fiestas eran parte de las Anthesterias que se celebraban en el mes del mismo nombre, después de las fiestas Leneas celebradas en el mes Gamelión, Sófocles debió morir el año anterior al del arcontado de Calias, esto es, el año 2 de la 93.^a Olimpiada. Suponiendo que haya en esto alguna confusión, y sustituyendo las fiestas Coes con las pequeñas Dionysiacas, no encontraríamos el tiempo necesario para meditar, componer y preparar para presentarla en escena, una comedia como las *Ranas*, aunque por hipótesis intercalásemos un mes entre el Poseideon y el Gamelión. [Véase el trabajo de Mendelssohn en las *Acta* de Ritschl.]

¹⁾ [La noticia que tomada de Istro reproduce la *Vita*, en la cual después de enumerar una serie de mejoras escénicas introducidas por Sófocles, se dice de él: ταῖς δὲ Μούσαις θίασον ἐκ τῶν πεπαιδευμένων συναγαγεῖν, no puede interpretarse de otro modo que entendiendo que habla de la fundación de una corporación de amigos del arte de las musas, cuyo fin era el cultivo de la tragedia. Véase Sommerbrodt, *Der Museenverein des Sophokles*, en *Hermes*, lib. 9, y H. Sauppe, *De Collegio artificum scenicoorum atticor.*, Göttingen, 1876.]

²⁾ Ἐδίππου, ξένη, τὰσδε χῶρα, versos 668 y ss. Véase el cap. XXII.

rechazado de plano, después de tan evidente testimonio de la claridad y firmeza de las facultades intelectuales del poeta, lo propuesto por Iofon, aunque legalmente tuviese éste motivo para pedirlo. Iofon debió reconocer más tarde su error y Sófocles debió perdonarle, pues que, según los antiguos, á esto aludía el pasaje del *Edipo en Colono* ¹⁾, donde Antígona, para disculpar á Polínice, dice: «Otros muchos han tenido también hijos perversos, de carácter irascible y violento; pero exhortados por los amigos con suaves y conciliadoras palabras, se han sometido.»

Así, pues, Sófocles compuso en los últimos años de su vida, esta tragedia á que los antiguos llamaban con razon suave y delicioso poema ²⁾; ¡tan maravillosamente se hallan en ella expresados los sentimientos tiernos y dulces, y tanto resaltan, al lado de la fortalecedora esperanza, el dolor y la melancolía que inspiran las miserias humanas! Todo lector sensible á tales impresiones experimentará al recorrer con la vista este drama, idéntica viva emoción que si se tratase de la suerte del mismo poeta; y en él, más que en ningún otro poema, escuchará los acentos que parten del corazón ³⁾. El anciano Sófocles, trayendo á la memoria recuerdos de su juventud, cuando los monumentos y las leyendas de su patria, la aldea de Colono cercana á Atenas, habían producido honda impresión en su alma, expresa con sencillo y gracioso estilo sus patrióticos sentimientos en todas y cada una de las partes del drama, pero sobre todo en el admirable parodos en que el coro celebra las bellezas naturales y la antigua gloria de Colono ⁴⁾. Había en Colono muchos parajes consagrados por la fe popular á los poderes infernales, entre otros el bosque de las Erinnyas, á las cuales se daba el nombre de diosas venerables (*Σεμναί*); el llamado «umbral de bronce», que pasaba por ser una de las puertas que conducían á los infiernos, y el lugar que, según la tradición, habitaba la sombra de Edipo,

¹⁾ ἀλλ' ἑ'αὐτόν· εἰσὶ γὰτέροις γοναὶ κκαί, versos 1.192 y ss. [Es muy dudosa la exactitud de estas narraciones, cuyo origen atribuye Schneidewin, en su introducción general á su edición de las obras de Sófocles, á Sátiro el peripatético.]

²⁾ *Mollissimum eius carmen de Oedipode*, Ciceron, *De finibus*, 5, 1, 3.

³⁾ También—para no hablar de ideas más elevadas—en las lamentaciones del coro sobre las miserias de la vejez, verso 1.211. Estas lamentaciones contrastan con las alabanzas de una muerte tranquila después de una reconciliación con los dioses.

⁴⁾ [Véase la nota 3 de la pág. 60.]

genio propicio que procuraba paz y bienandanza á la comarca y la ruina y la muerte á los enemigos de Atenas, especialmente á los tebanos. La idea de que Edipo, tan perseguido durante su vida por las Erinnyas, halló á su muerte reposo en su mismo santuario, hallábase desarrollada en diversos mitos relativos á comarcas diferentes y enlazábase con determinadas circunstancias locales ¹⁾. Que una víctima de las deidades vengadoras, una vez reconciliada con éstas y á quien ellas mismas habían devuelto la calma, tuviese poder para hacer la felicidad de los mortales, era consecuencia necesaria de los fundamentales principios del culto de los dioses cthónicos entre los griegos, los cuales atribuían á la Tierra y á la Noche secreta y misteriosa abundancia de fuerzas vitales. Apoyándose en estas leyendas, hasta entonces sin duda poco difundidas por la poesía ²⁾, supuso Sófocles que al comienzo de su dolorosa carrera y antes de su encuentro con Layo, un oráculo de Apolo Déléphico había anunciado á Edipo que hallaría el término de su triste y azarosa vida allí donde las Erinnyas le dieran hospitalidad. Edipo vagando errante por los alrededores de Colono, sabe de pronto que se encuentra en el santuario de aquellas divinidades, y reconoce que el oráculo va á cumplirse; los coloniatas, espantados al principio de la temeridad del extranjero bastante osado para penetrar en el bosque consagrado á las deidades venerables y terribles, y de la maldición unida á su destino, acuden resueltos á expulsarlo; pero la nobleza y generosidad de Teseo, rey de la comarca, le aseguran refugio y protección en el Ática. Entretanto, divúlgase otro oráculo entre los partidos que se disputan el gobierno de Tebas, y según

¹⁾ [Heródoto, 4, 149. Escolios al *Edipo en Colono*, verso 91.]

²⁾ El mismo Sófocles dice en el verso 62, hablando de los templos y monumentos de Colono:

τοιαῦτά σοι ταῦτ' ἐστίν, ὃ ξέν' οὐ λόγοις
τιμώμεν', ἀλλὰ τῇ ξυνουσίᾳ πλέον,

esto es, que habían sido celebrados por las tradiciones locales y no por poetas ni oradores. Cuán lejos estaba Esquilo de abrigar tales ideas, demuéstranlo varios pasajes de los *Siete contra Tebas*, según los cuales Edipo había muerto en Tebas antes de la guerra, y según la tradición antigua allí debía hallarse enterrado. Véanse los versos 976, 1.004. Verdad es que Eurípides en sus *Fenicias*, verso 1.707, acepta la misma tradición que Sófocles; pero aquella tragedia fué escrita hacia la 93.^a Olimpiada, cuando el *Edipo en Colono*, aunque aún no había sido representado, podía ser conocido ya por los atenienses amantes de la bella literatura.

el cual obtendrá el triunfo el que posea á Edipo ó su tumba. Esto da materia á Sófocles para una serie de escenas en que Creon y Polínice, que tanto habían ultrajado á Edipo, se esfuerzan por captarse su benevolencia y su favor; pero ambos son enérgicamente rechazados por Edipo, á quien la protección de Atenas defiende de toda ajena violencia. El verdadero objeto de estas escenas, que ocupan todo el medio de la tragedia, es evidentemente presentar á Edipo anciano, ciego, maldito, desterrado y pobre, pero que favorecido por los dioses elévase á un grado de majestad y grandeza muy superior al de sus enemigos, los cuales, amparados de su poder, le habían ultrajado indignamente. Hasta en la cólera con que despide y maldice á su infame hijo Polínice, humillado ahora, hay cierta majestad; aunque á nuestro modo de ver la Charis griega aparezca aquí demasiado dura y acerba. Después de esta glorificación terrenal, óyese retumbar el trueno de Zeus que llama á Edipo á los infiernos. Las profecías del mismo Edipo de un lado, y de otro el relato del mensajero que se presenta en escena, anuncian al espectador cómo Edipo espléndidamente ataviado por la muerte y llamado por truenos y voces subterráneas, desapareció misteriosamente de la superficie de la tierra. Teseo pone término á las lamentaciones de las hijas de Edipo con estas palabras: «Quejarse de lo que revela el favor de los poderes subterráneos, es ofender á los dioses»¹).

No se ocultará seguramente al lector atento, que este mito envuelve pensamientos de un valor universal y aplicables no sólo á Edipo, si que también al destino del hombre en general; y sentirá el irresistible atractivo de la dulce melancolía que anima toda la pieza: de esa silenciosa aspiración á la muerte que, libertándonos de los males terrenos, nos conduce á una existencia más pura. A estas ideas fundamentales hállanse subordinadas otras que, aun predominando en este drama más que en otro alguno, son siempre de un orden secundario: tales son las alusiones á la situación política de Atenas respecto de otros Estados²).

¹) Verso 1.751: Παύετε θρήνων, παίδες· ἐν οἷς γὰρ
χάρις ἢ χρονία ζῆν γ' ἀπόκειται,
πενθεῖν οὐ χροὴ νέμεσις γάρ.

[Ofrece muchas dificultades determinar exactamente el texto de este pasaje.]

²) Es indudable que se hallan diseminadas en muchos pasajes de la obra alusiones á la guerra del Peloponeso y á las devastaciones de que estaba siendo víctima el Atica, pero que hasta entonces no habían alcanzado á la comarca de

Las tragedias de Sófocles son, pues, verdaderos cuadros psicológicos¹): poéticas exposiciones de los secretos impulsos del alma, y de las leyes á que por su propia naturaleza están aquéllos sujetos. De todos los poetas de la antigüedad, Sófocles es el que más ha penetrado en las profundidades del corazón humano: para él los actos externos no son más que medios de manifestación y desenvolvimiento de las situaciones morales. Para describir este mundo psicológico, Sófocles ha creado un nuevo lenguaje poético. Si la poesía se distingue en general de la prosa, en que la primera imprime mayor viveza y claridad á las ideas y más animación y energía á las sensaciones, el estilo de Sófocles no podía ser en manera alguna tan poético como el de Esquilo, no sólo porque no describe con la misma enérgica viveza las impresiones sensibles, sino además porque su arte estriba más bien en la variedad y delicada gradación de sentimientos, que en provocar emociones fuertes. Así pues, el estilo de Sófocles se asemeja más á la prosa que el de su predecesor Esquilo; aunque se distingue de ella menos por la elección de los vocablos, que por la manera de emplearlos, por el modo como los enlaza y por cierto atrevimiento y sutileza en servirse de expresiones vulgares²). Gusta Sófocles de dar á sus palabras un significado que no es el usual y

Colono y de la Academia, rodeada de olivos sagrados. Lo que en realidad parece extraño es el elogio que Teseo, verso 919, hace del carácter de los tebanos; pues Tebas se contaba en aquella época en el número de los enemigos de Atenas. Esta circunstancia induce á suponer que fué Sófocles el Joven quien agregó este pasaje, después que Trasibulo libertó á Atenas con el auxilio de los tebanos. Sin embargo, el estilo, la entonación y el carácter del drama son demasiado uniformes para justificar semejante sospecha. Así, pues, fuerza es suponer que Sófocles sabía que el pueblo tebano estaba animado de inmejorables disposiciones para con el ateniense, al paso que los aristócratas, que á la sazón empuñaban las riendas del Estado, se mostraban hostiles á Atenas. Terminada la guerra, el partido democrático de Tebas demostró siempre simpatías por los atenienses y antipatía profunda por los espartanos. [Véase Böckh, *De Sophoclis Oedipi Colonei tempore diss. altera.*, Berolini, 1826, p. 6, *Kleine Schriften*, vol. 4, p. 238 y ss.]

¹) [A. Schöll, en su *Gründlichen Unterricht über die Tetralogie des attischen Theaters*, Leipzig, 1859, p. 146 y ss., combate en parte con buenos argumentos esta afirmación.]

²) [Véase O. Müller, *Kleine Schriften*, vol. 1, p. 287. La observación de Longino, § 33: ὁ δὲ Ἠίνδαρος καὶ ὁ Σοφοκλῆς ὅτ' ἐμὲν οἶον πάντα ἐπιφλέγουσι τῇ φορῇ, σβέννυνται δ' ἀλόγως πολλάκις καὶ πίπτουσιν ἀτυχεστάτα carece de fundamento, ó por lo menos no responde á nuestro modo de ser.]

corriente, empleándolas más bien en su sentido propio y genuino que en su acepción tradicional: por esto, sus frases hállanse siempre caracterizadas por cierta oscuridad y extraordinario alcance ¹⁾, que á menudo degeneran en una especie de juego de palabras y de significados. Hay que tener en cuenta que en la época en que Sófocles escribió, el genio del pueblo griego atravesaba un período de progreso que comenzó entregándose á meditar en su propia naturaleza, en su actividad interior y en los medios de manifestarla: esto es, la palabra y el discurso; y que en esta labor, la reflexión aventajaba y dominaba más cada día á la intuición. Era pues natural que en este período la atención se fijara muy especialmente en la manera de expresar las ideas de un modo perfecto. Por otra parte, en aquella época los atenienses mostraban predilección marcada por el empleo de expresiones intrincadas y difíciles ²⁾; de tal suerte, que el orador que les exponía lisa y llanamente sus ideas les agradaba mucho menos que el que, dejándoles algo que adivinar, les procuraba ocasión de ejercitar su discernimiento y sagacidad. Por esto Sófocles juega á veces con el sentido de las palabras, á fin de que el auditorio, poniendo á contribución todas sus facultades intelectuales para descubrir el significado verdadero de una frase, pueda, una vez que lo ha conseguido, comprenderlo con mayores precisión y claridad. En las combinaciones sintáxicas, Sófocles se muestra siempre muy ingenioso; y hasta cierto punto refinado, al tratar de determinar con precisión exagerada todas las relaciones de subordinación y dependencia de las ideas. Estilo de tal índole no es fácilmente conciliable con la facilidad, la claridad y la fluidez, cualidades que, por otra parte, no eran características de la retórica de aquel tiempo. Sófocles observa y aprecia con recto juicio y fina habilidad todas las circunstancias accidentales, pero la corriente de su estilo es demasiado rápida; en este punto estriba principalmente la diferencia entre sus *primeras* y sus *últimas*

¹⁾ Alcance que no conocen ni los mismos personajes que hablan, de suerte que, sin saberlo, expresan la verdadera esencia y relaciones de las cosas. Esta es una de las cualidades esenciales de la ironía trágica de Sófocles, de que hablamos en el texto.

²⁾ Cleon dice en Tucídides, 3, 38, que los atenienses se ilusionan fácilmente con la novedad en el estilo; que desdennan lo vulgar; que admiran lo extraordinario; y que aun sin hablar quieren rivalizar con el orador, pues que le siguen rápidamente con el pensamiento y á veces le aventajan.

tragedias, pues que en varios pasajes del *Ajax*, del *Filoctetes* y del *Edipo en Colono*, encontramos la misma vehemente oratoria de Eurípides ¹⁾. En las partes líricas de los dramas de Sófocles, la clara exposición de las ideas va acompañada de gracia y dulzura extraordinarias; algunos cantos corales son obras maestras de poesía lírica, capaces de competir con los de Safo en la belleza de las descripciones y en la gracia de los pensamientos. Sófocles, finalmente, cultivó también con maravilloso gusto el metro gliconeo, que tan admirablemente se adapta á la expresión de dulces sentimientos.

¹⁾ Como los discursos de Menelao, Agamemnon y Teucro en la segunda parte del *Ajax*, y la apología de Edipo en el *Edipo en Colono*, verso 960.